

Alzáronse también y sus esposas,
Y elevando las copas venerandas,
Hicieron libaciones execrandas
Á los dioses asirios y á las diosas.

Densas nubes cubrieron entretanto
El espacioso cielo, y ya transpuesta
La luna en Occidente, negra noche
Cubrió la tierra con obscuro manto.
Tres veces el relámpago te alumbra,
Orgullosa ciudad de los impuros,
Y estalla el rayo fúlgido tres veces,
Y tres al estallido te estremeces
Con palacios, con torres y con muros.
A esta sazón los dedos de una mano
Escriben misteriosos caracteres
En la pared de aquel salón profano.
¡Ay del Rey, de los grandes y mujeres!
Como el viajero en bárbaro desierto
Cuando ya va á pisar una serpiente,
Al ver sus ojos como llama ardiente,
Grita, da un paso atrás y queda yerto:
El Rey así, con femenil quebranto
Al mirar la estupenda maravilla,
Temblaba todo atónito de espanto
Y se daba rodilla con rodilla.
Horrible palidez cubre su cara,
Cubre el sudor su delicado cuello,
El manto de los hombros abandona,
Con el terror se eriza su cabello,
Y rueda por el suelo su corona.
Los áulicos y grandes espantados
Van y vienen y vagan aturdidos;
En el vasto salón dan alaridos,
Y arrastran en la alfombra los brocados.
Cual las tímidas aves en bandadas
Huyen á refugiarse en la arboleda
Cuando del huracán van azotadas,
Así las concubinas angustiadas

Descuidando sus túnicas de seda,
Huyen despavoridas y llorosas,
Y abrazan á los dioses y á las diosas.
Ya alzan las manos lánguidas al cielo,
Ya trémulas se postran sollozando,
Ó bien estampan con afecto blando
Sus delicados labios en el suelo.

Al mandato del Rey entra en la sala
El anciano Daniel, grave profeta,
De blanca barba y de cabello blanco,
Y con un cinto su sayal sujeta.
«Tú que eres un varón prudente y sabio
Y el hondo abismo ves de lo futuro,
Por los dioses, explíqueme tu labio
Los caracteres que presenta el muro.
Saldrás de la humildad de tu retiro,
Y libre quedarás del cautiverio;
Yo te daré un collar de oro luciente,
Te vestiré de púrpura de Tiro
Y príncipe serás en el Imperio.»
Echando entonces fuego de sus ojos
El severo Daniel, de enojo lleno,
Responde á Baltasar con voz de trueno:
«Delante de tus dioses impotentes
Doblas ¡ay! la sacrilega rodilla:
La sangre de tus víctimas humea
En los altares donde el oro brilla
Y en los templos de Bel tu incienso ondea.
Y para colmo de impiedad y orgullo,
Con esta corte sin pudor y obscena
Has profanado los sagrados vasos
En esta horrible y execranda cena.
Mas oye ¡oh Baltasar! las profecías
Que oculta esa escritura formidable:
De tu reino Jehováh contó los días,
Y término le puso inevitable.
Pesó tu corazón en su balanza,
Y al encontrarlo de virtud vacío,

Tronó su indignación, como en estío
Truena la nube cuando el rayo lanza.
Babilonia y tu imperio floreciente
Serán presa de manos extranjeras,
Y mañana entre sangre y entre hogueras
Dando alaridos vagará tu gente:
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Derrotados tus grandes batallones
En medio del furor de los combates,
Se llevarán las olas del Eufrates
Hombres, caballos, armas y morriones.
¡Espada contra el pueblo y los tiranos,
Espada contra magos y hechiceras,
Fuego voraz contra tus dioses vanos,
Contra templos y torres y trincheras!
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Luto se vestirán tus concubinas,
Luto también tus sátrapas altivos,
Y llorarán tus príncipes cautivos
De Babilonia en las soberbias ruinas.
De esta sala y palacio tan brillantes
Quedarán los escombros y cimientos,
Y en sus despedazados pavimentos
Se arrastrarán las víboras errantes.
Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,
Cantará triste el pájaro nocturno,
Y bramarán los tigres y leopardos;
Y crecerán los solitarios cardos
Donde apoyas tu espléndido coturno. »

Dijo Daniel y el príncipe altanero
Le cumplió la magnífica promesa:
Mas esa misma noche le atraviesa
El regio pecho vengador acero.
Acabaron del Rey las alegrías;
En sangre está su túnica empapada,
Túnica rica que su madre amada
Bordó contenta en más felices días.
Cayó el Monarca y levantarse quiere

Buscando ansioso al hijo más querido,
Y al verlo prisionero, da un gemido,
Se le saltan las lágrimas y muere.

HIMNO.

¿Quién es ésta que sube gloriosa
Del ardiente arenal del desierto
De esplendores su cuerpo cubierto,
Y la luna creciente á sus pies?

De gacela gentil son sus ojos,
Es su túnica rica y brillante,
Su faja es de zafir y diamante,
Y su manto es undoso y azul.

Son hermosas las zonas del iris
De oro y verde, violeta y de grana;
Pero tú eres más bella y galana,
Es más suave y serena tu luz.

Como lirio purpúreo del valle
Sobresale entre duras espinas,
Así tú descollando caminas
Entre todas las hijas de Abrán.

Eres más agraciada y más pura
Que el botón de amapola encarnada,
Y es más tierna tu amable mirada
Que el mirar de paloma torcaz.

Los espíritus grandes y fuertes
De la hermosa milicia del cielo
Besarán humillados el suelo
Donde pise la Madre de Dios.

Del Centauro las grandes estrellas
Y las grandes estrellas del Carro,

Comparadas contigo son barro,
Y son polvo la luna y el sol.

Bellas hijas de Sión, os conjuro
Por las cabras y ciervos campestres,
Por las blancas palomas silvestres,
No hagáis ruido: dejadla dormir.

Sosegada ella duerme á la sombra
De la verde y altísima palma;
Pero está muy despierta aquella alma:
No hagáis ruido, dejémosla así.

Como en fresca y alegre mañana
Á la orilla frondosa del río
Las adelfas empapa el rocío
En el campo feraz de Basán;

Así Dios te ha cubierto de gracias
Que embellecen esa alma inocente,
Y ha bañado esa cándida frente,
De recato y pudor virginal.

Bondadoso y humilde es tu pecho,
Cual de tórtola blanda y sencilla
Que se pone á gemir á la orilla
Del obscuro torrente Cedrón.

Muy amada serás en la tierra,
Desde el Sena al Hydaspes hirviente,
Del Tanáis hasta el Níger caliente,
Desde Arauco al helado Oregón.

Es tu fe tan robusta, que puede
De su asiento arrancar las montañas;
Tú no esperas en débiles cañas,
Sino sólo en el brazo de Dios.

Caridad poderosa y ardiente

Á ese pecho tiernísimo inflama,
Y en el mísero mundo derrama
Tus inmensos tesoros de amor.

Antes puede el Orontes soberbio
Arrojar en el Rhin sus raudales,
Antes puede en las tierras glaciales
Derramarse el revuelto Jordán,

Que tal vez los mortales se olviden
De tu gracia y modesta hermosura,
De ese pecho que es todo ternura
Y rebosa en amable bondad.

Llevarán á tus ricos altares
Canastillos colmados de flores,
Que darán mil fragantes olores,
Y á tus pies el incienso arderá.

De rodillas los cándidos niños
Hacia ti volverán sus miradas,
Y sus madres, las manos alzadas,
De ternura pondránse á llorar.

Entre el humo y clamor del combate,
Al brillar y crujir el acero,
Hacia ti volveráse el guerrero,
Implorando infeliz tu favor.

Al cruzar el relámpago inmenso,
Al bramar en el piélago el noto,
Hacia tí volveráse el piloto
Con humilde y ardiente oración.

Mas la Virgen ya tiende sus alas,
Y ya vuela en el ámbito inmenso
Hacia el monte feraz del incienso
Ó en la falda del Líbano azul.

¡Qué sereno es tu rápido vuelo!
De nosotros gloriosa te alejas,
Y en la playa arenosa nos dejas.
¿Quién nos puede encantar como tú?

Baja, hermosa, del Líbano excelso
Con guirnalda de lirios y nardos;
Ven del monte de fuertes leopardos,
Baja ya del florido Sannir.

El Esposo te aguarda impaciente
En un trono de inmensa riqueza,
Para allí coronar tu cabeza
Con diadema de oro de Ofir.

Mas primero que el orbe te rinda
De cariño y honor el tributo,
Cubriráse tu frente de luto,
Beberás el ajeno y la hiel.

¡Ay de ti! ¡Cuántas penas amargas
Sentirás en el pecho inocente!
¡Cuánta lágrima pura y ardiente
Correrá de tus ojos también!

Llorarás en la senda de Egipto,
Llorarás en el templo sagrado,
Y en presencia del crudo soldado,
Y en la casa del duro pretor.

Llorarás en las lóbregas calles
Que conducen al Gólgota umbrío,
Y entre oleadas de grande gentío
Gemirás con inmenso dolor.

Mojarán el sudor y la sangre
El augusto semblante del Verbo,
Y en tormento tan rudo y acerbo
Temblarás de la frente á los pies.

Has de oír resonar por el viento
Del Altísimo el hondo gemido,
Y la risa y terrible alarido
Del soldado romano después.

Mas pasada tan negra borrasca,
Subirás con un vuelo seguro
Más allá del magnífico Arturo,
Del magnífico Orión más allá.

Y en un solio muy próximo al trono
De tu Padre, tu Esposo y tu Hijo,
Con inmenso eternal regocijo
En la vasta creación reinarás.

LA ANUNCIACIÓN.

Está sentado sobre el cielo inmenso
Dios en su trono de oro y de diamantes;
Miles y miles de ángeles radiantes
Le adoran entre el humo del incienso.

Á los pies del Señor, de cuando en cuando,
El relámpago rojo culebrea,
El rayo reprimido centellea
Y el inquieto huracán se está agitando.

El príncipe Gabriel se halla presente,
Angel gallardo de gentil decoro,
Con alas blancas y reflejos de oro,
Rubios cabellos y apacible frente.

«Vuela, le dijo el Hacedor del mundo,
Y baja á Nazaret de Galilea,
Y á la Hija de Joaquín, Virgen hebrea,
Un arcano revélale profundo.

»Dile que dentro el corazón me duele
De ver al hombre en su angustiosa pena,
Que me duele el crujir de su cadena,
Y que sudando por romperla anhele.

»Dile que mi Hijo encarnará en su seno,
Que entrambos hollarán á la serpiente,
Que seré con los hombres indulgente,
Muy indulgente, porque soy muy bueno.»

Habló Jehováh, y el Príncipe sublime,
Al escuchar la voluntad suprema,
Se quita de las sienes la diadema
Y en el pie del Señor el labio imprime.

Se levanta, y bajando la cabeza
Ante el trono de Dios, las alas tiende,
Y el vasto espacio vagaroso hiende
Y á las águilas vence en ligereza.

Baja volando, y en su inmenso vuelo
Deja atrás mil altísimas estrellas,
Y otras alcanza, y sin pararse en ellas,
Va pasando de un cielo al otro cielo.

Al grande Orión á la derecha deja
Y por la izquierda á las boreales Osas;
Pasa junto á las Pléyades lluviosas,
Y del Empíreo más y más se aleja.

Cuando pasa cercano á los luceros,
Desaparecen como sombra vaga,
Y al pasar junto al Sol, el Sol se apaga
De Gabriel á los grandes reverberos.

Desde la inmensa altura en que venía
La tierra triste apenas se miraba,
Y sus ojos en ella el Ángel clava,
Los negros ojos, llenos de alegría.

Entonces se apresura, y semejante
Al rayo del Señor, se precipita,
Las blancas alas más y más agita,
Y en Nazaret preséntase triunfante.

Allí una tierna y cándida doncella
Lejos del ruido mundanal vivía;
Era pobre, y llamábase María,
Joven modesta y á la par muy bella.

De rodillas hincada en su aposento,
Piensa á sus solas con mortal congoja
En la raza de Adán, y el suelo moja
Con lágrimas que vierte ciento y ciento.

Triste contempla desde aquel retiro
La suerte de los hombres sus hermanos,
Y tuerce en su dolor las blancas manos
Y exhala á ratos lánguidos suspiros.

Dos veces levantó su rostro al cielo,
Su bello rostro que inundaba el llanto,
Y otras dos veces con mortal quebranto
Enjugóse los ojos con el velo.

«Cumple ¡oh Dios!—exclamó con tono blando,—
Del Salvador la espléndida promesa»;
Y al exclamar así, la tierra besa,
Y en amargo pesar sigue llorando.

«¡ Ay, Señor! no te olvides de Solima—
Gritó más alto;—acuérdate del hombre;
Te lo suplico por tu santo nombre,
Por ese nombre de infinita estima.

»Anda el mortal sobre ásperos abrojos
Por desiertos sin agua y sin camino,
Rasgado el corazón, perdido el tino,
Y están hinchados de llorar sus ojos.

»Y no quiere aplacarse el Dios clemente
Cuando en las aras el incienso humea;
La sangre, en vano, del altar chorrea,
Y en vano empapa el suelo delincuente.

»Del mundo ingrato el crimen infinito
Con la sangre de toros no se expía,
Ni con humo tampoco: ¿qué valdría
El humo y sangre para tal delito?

»¡Ay, Señor! no te olvides de Solima,
Y compasivo acuérdate del hombre;
Te lo suplico por tu santo nombre,
Por ese nombre de infinita estima.»

Gabriel se acerca en tanto á la doncella
Y las alas cerrando reverente,
Baja hasta el suelo su gloriosa frente,
Suelo dichoso que la Virgen huella.

«Dios te guarde—la dijo—alta Criatura:
Eres más linda que la luna llena
Cuando se eleva de la mar serena
Después que huyó la tempestad obscura.

»La gracia del Señor en ti rebosa,
Y antes que el aquilón se desatara,
Y antes también que el piélagos bramara
Jehováh te destinó para su esposa.

»Te acompaña tu Dios; y cuando fueres
La blanda Madre del Ungido Eterno,
Han de llamarte con afecto tierno
La Bendita entre todas las mujeres.

»Tu Hijo el Criador ha de ocupar un solio,
Y regirá su cetro á las naciones,
Y flotarán triunfantes sus pendones
Encima del soberbio Capitolio.

»Pasarán esta tierra y estos mares,
Podrá venirse abajo el firmamento,
Pero ese rey en su inmutable asiento
Verá pasar los siglos á millares.

—»¿Cómo ser madre—díjole María—
Si me conservo en virginal pureza?
Gabriel entonces con gentil viveza
Á la hermosa Israelita le decía:

—»Nada es difícil al Poder Divino;
Del Altísimo el brazo Omnipotente
Pone barreras á la mar hirviente,
Y lanza el rayo, y suelta el torbellino.

»Á una leve señal de su semblante
Naturaleza dócil obedece,
Desde la flor que en el desierto crece
Hasta ese sol magnífico y brillante.»

Los ojos baja á esta sazón la Hebrea,
Los grandes ojos que en el suelo clava,
Y «he aquí—exclamó—de mi Señor la esclava:
En mí cumplida tu palabra sea.»

Oyóla el Angel, y admirado ante ella
Quédase un rato, inmóvil como roca;
Después, con humildad pone la boca
En el polvo que pisa la Doncella.

Dejando el Verbo entonces junto al Padre
Su rayo, su relámpago y su trueno,
Baja y encarna en el modesto seno
De aquella Virgen que escogió por Madre.

Ángeles mil y mil pasmados se hallan
En el cielo con tantas maravillas,
Cierran las alas, doblan las rodillas,
Bajan los ojos y postrados callan.